

INMORTALES AMERICANAS

ELENA APPLGATH HAVILAND

En artículos anteriores ya publicados en el ALBUM SALÓN, hemos tenido ocasión de poner en relieve algunas de esas mujeres heroicas y admirables que han sobresalido en Chile, en aquella época de la magna revolución que estremeció hasta en sus cimientos á la pacífica República llamando la atención de toda América y de Europa, tanto más, cuanto que había sido tan imprevista como formidable, porque Chile, durante medio siglo, era ejemplo de una paz octaviana, con forma regular de gobierno y sin que en aquel país se desarrollasen luchas civiles ni acontecimientos que en varias de las naciones americanas habían sido rémora para el progreso y para los adelantos morales y materiales.

Hubo matronas que, sin deslustre de los blasones de su estirpe ni de su linajada prosapia, desechando vulgares preocupaciones, se identificaron con los esfuerzos de aquellos que miraban en la revolución el triunfo de ideas avanzadas y la aurora de una nueva era política que había de redundar en beneficio de la patria amada.

Hijas, hermanas y esposas, hicieron alarde de una energía á toda prueba, y en los ámbitos de la inteligencia femenina desarrollaron cuantos elementos podían aunarse para proteger y auxiliar el triunfo de la idea y la victoria que disputábase uno y otro bando.

Fué un verdadero torneo en el cual la ilustración de la mujer, sus energías, sus aspiraciones y sus virtudes se pusieron en relieve demostrando lo que puede y lo que vale en momentos supremos, y la verdad halagadora de su incontrastable influencia.

En el mundo de las ideas, de las meditaciones, de los grandiosos acontecimientos y de los intelectuales adelantos, en el mundo de los heroísmos, debe y puede colocarse en primer término á la mujer, no sólo desde su gloriosa redención, sino hasta en las edades más remotas y en los pueblos más primitivos.

No habría que hacer otra cosa sino estudiar detenidamente la Biblia y la historia de la Judea, donde resaltan inmortales ejemplos de sublimes patriotismos, con todos los esfuerzos varoniles de almas forjadas en el molde del valor temerario y de la abnegación más esplendorosa; el incontrastable influjo de sus virtudes y la fuerza de voluntad, que á veces suele ser más inquebrantable que en el hombre.

Aun profundizando en los tiempos en que la mujer yacía en la ignorancia más completa y en la degradación más injusta, encontraríamos rasgos que hacen brillar su heroísmo como brillan en noche serena y en cielo purísimo los luceros y las estrellas.

Por mi parte, creo podría asegurarse que el maravilloso influjo de la mujer dió comienzo en las centurias más apartadas, cuando el hombre habitaba allá en las cavernas, defendidas de la intemperie por los árboles seculares, y que ya desde entonces fué la sacerdotisa no sólo del hogar sino de la sociedad en su estado menos culto.

Dios hablaba creado para formar la familia, perpetuar la humanidad

y ayudar al compañero de su vida en la doble tarea progresista y política.

Era lógica aquella preponderancia ejercida por un sér bello, tierno, amoroso, alma y vida de la familia, elemento poderoso y lazo de unión en la trinidad doméstica y en la vida social.

No sé tampoco, ni podría explicarme en qué fuentes ha bebido la mujer la fortaleza para el sufrimiento, la audacia que despliega, en algunos momentos, que es una de sus glorias más culminantes y el principal de sus méritos, porque esa audacia ha sido fuente inagotable de bienes y de adelantos. Hubo centurias y centurias en las cuales sublevóse la mujer para levantarse, redimirse, escalar el puesto que debía ocupar, y esto, cuando las horribles injusticias asiáticas pesaban sobre ella hasta un grado inconcebible, relegándola á la mísera condición de esclava.

Generaciones y generaciones se han sucedido, y la mujer, reconocida su elevada inteligencia y los dones y capacidades que acumula en su sér, es hoy, más todavía que en los tiempos antiguos, el alma y vida en la palestra de contiendas sociales. Palmaria muestra ha dado de esto mismo en las últimas evoluciones políticas, no sólo en Chile, sino en varios de los países hispano-americanos.

En aquel suelo de penetrantes perfumes, rico de savia y de vigor, donde los frutos embalsaman la atmósfera con sus ambrosías sin par; donde las flores y los arbustos forman misteriosos bosquecillos, como nidos de amor, ocultos por las múltiples enredaderas de vistosos colores que se enlazan á los troncos de árboles altísimos mecidos por la brisa suave; allí donde todo es luz, poesía, fulgores, clásicos panoramas; allí nació la hermosa Elena Applegath Haviland, hija de un noble inglés y de una dama de linaje esclarecido. Una sola página, una sola, en su risueña y feliz existencia,

fué bastante para poner en evidencia sus altas condiciones de carácter, hasta entonces ocultas entre las sonrisas, el donaire, la gentileza y la sencillez juvenil de la seductora chilena.

No fué menester sino una chispa eléctrica, una impresión, una idea acariciada con empeño, para colocarse sobre un pedestal de gloria.

Que en su alma se albergaba el patriotismo más puro, no hay que decirlo. Que su noble corazón rindió culto en el altar de la revolución, fué una verdad. Elena Applegath y su bellísima hermana Dora fueron desde las iniciativas revolucionarias, propagandistas, auxiliares y graciosas conquistadoras de partidarios para las filas constitucionales, y en aquella atmósfera, cargada de sombras y de siniestras tempestades, eran el arco iris presagio de la próxima bonanza. Ellas, y la gentil Luz Cabarrubias y Ortuzar fueron poderosas protectoras del constitucionalismo. El periódico *La Revolución* las contó en el número de sus cajistas, y Elena trabajó sin descanso como el más infatigable de los obreros.

Su nombre, como el de la Fronda, queda grabado con letras de oro en los anales históricos chilenos.

BARONESA DE WILSON



EL FRAC

Yo tuve durante algún tiempo, eso que hemos dado en llamar *un amigo*. Le conocí en el café Imperial á los pocos días de hallarme en la corte.

La manera que tuvo de trabar conversación conmigo fué originalísima para mí, que no estaba iniciado entonces en los secretos del modo y manera de vivir de ciertos jóvenes, que el vulgo y buena parte de la gente que no figura en él, han dado en llamar un muchacho listo.

Mi hombre era un joven decentemente vestido, de veinte y ocho á treinta años, alto, delgado, nada feo y de modales excelentes. He aquí cómo se hizo mi amigo:

Hacia ya dos ó tres tardes que notaba la presencia de aquel joven en la misma mesa en que yo tomaba café todos los días... Una tarde fuí á encender el cigarro y no llevaba fósforos... Aquel amable joven me ofreció los suyos; los acepté, le dí las gracias y me contestó:

—No las merece... Puede usted quedarse la caja.
—Gracias... muchas gracias, caballero.—repuse.—Ya he pedido una al mozo.

Que usted se la queda, que no me la quedo, que sí, que no, que toma, que dale... al fin, tuve que aceptar la caja de cerillas del amable compañero de mesa, y desde aquel momento fuimos *amigos*... es decir, fuimos eso que muchos llaman *intimo amigo* cuando se trata de un personaje influyente, y conocido, cuando se refieren á un simple pelagatos ó, lo que es peor, *pelagatos simple*.

Salimos juntos del café.

—¿Juega usted al billar?— me preguntó.

—Un poquito, — repuse.

Fuimos á jugar unas carambolas y gané...

La galantería me obligó á pagar, no permitiendo que así lo hiciera mi amable proveedor de fósforos.

Al día siguiente nos volvimos á encontrar en el café, y la conversación fué más íntima...

Poco á poco, y al cabo de un par de semanas llegamos á sernos indispensables durante la hora del café... Después ya nos dimos cita en el Prado, más tarde en el teatro «Español»... En fin, que Gómez era completamente mi amigo.

Un día me acompañó á mi casa, á ver no recuerdo qué, y le ofrecí un habano y una copa de buen Jamaica.

Después añadió:

—Desde hoy, amigo Gómez, nos veremos muy poco... Tengo mucho trabajo y, como usted no venga algunas veces á visitarme...

—¡Oh! por mí no pierda el tiempo... Ya vendré á verle...

Encendió el cigarro, bebióse la copa de ron y se fué con aquel atolondramiento de joven alegre que tan simpático le hacía.

Al día siguiente no le ví; pero al otro, se presentó en casa después de comer y tomó café conmigo... Le dí otro habano y otra copa y charlamos mucho acerca de no recuerdo qué tontería.

Desde entonces, Gómez, concurrió á mi despacho todas las tardes y pude notar que era sumamente listo para comprender cuándo estorbaba y era hora de largarse.

Conforme fuimos intimando, las conversaciones fueron más francas. Una tarde le oí exclamar, suspirando:

—¡Si yo tuviera un frac!...

(Se me olvidaba decirles que Gómez me había confesado no tener más bienes que lo que su ingenio le producía.)

—Si tuviera usted un frac... ¿qué? — le pregunté sonriendo.

—No me llamaría Gómez al año de tenerlo.

—¡Cómo! ¿Influye el frac en los apellidos? — exclamé con asombro.

—Muchísimo.

—Explíqueme usted eso.

—Como usted no ha tenido que luchar contra el destino, no comprenderá todo el alcance de mis palabras.

—Haré por comprenderlo, — le dije. — Además, lo que me diga será para mí de gran utilidad, pues por sus revelaciones, adquiriré conocimientos, ya que no práctica, de otro género de vida que la que llevo.

—Mientras usted no forme de mí un concepto erróneo...

—¿Y por qué lo he de formar?

—A veces...

—Vamos, amigo Gómez, sea usted complaciente conmigo y explíqueme eso del frac.

Como había tenido ocasión de observar que mis habanos le hacían más amable, le entregué otro... Lo encendió y, arrojando al aire la primera bocanada de humo, me dijo:

—Escuche usted.

Hizo una pausa, arrojó el fósforo á la escupidera y empezó su relato del siguiente modo:

—Amigo mío, seré franco por lo mismo que usted me inspira confianza... Para vivir como yo vivo, es necesario más talento que para vivir á costa de las letras, que, según usted, están reñidas con el dinero. Una prueba de lo que acabo de decir, lo soy yo. ¿Cree usted que poseo ni he poseído jamás una peseta? No la necesito para nada... Mi vida, es la siguiente: Conozco, en fuerza de ser alegre, jovial y un poco entremetido, infinidad de relaciones provechosas... Todas las hice poco más ó menos de un modo parecido al que empleé para intimar con usted... Las primeras relaciones me sirvieron para proporcionarme otras... Mi talento consiste en hacerme simpático; conseguido esto ya tengo una casa donde ser recibido á la hora de comer. ¿Entiende usted? Hoy he comido en casa del Vizconde de N...



VENUS — Cuadro de FRANCISCO TODA.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

mañana comeré en el restaurant con un provinciano que se está arruinando á escape y me ha tomado por *amigo* con tal de que le inicie en todos los vicios de buen tono; otro día iré á ver á otro amigo á la hora de comer, me invitará y después de pretextar urgente ocupación, lo sacrificaré todo por acompañarle á la mesa...

—Es decir que usted tiene establecido una especie de turno para las comidas.

—Justamente.

—¿Y con las cenas...?

—Pasa igual.

—¿Y cuando falta uno de esos turnos?

—No ceno.

—¡Cáspita! Eso es terrible.

—Para mí ya no.

—Extraño, pues, hallarle siempre contento.

—Si yo perdiera el buen humor perdería las simpatías...

—Y estropearía el turno de...

—Ni más ni menos.

—¡Voy comprendiendo!

—En cuanto al café y cigarrillos, por ahora es usted mi proveedor... Le he preferido á otro porque fuma habanos.

—Muchas gracias por la preferencia.

—Dije que iba á ser franco y lo soy. Cuanto llevo dicho es la verdad pura. ¿Qué opina usted de mí? ¿Que soy un vago? ¿que soy un perdido?

ROMÁN RIBERA



DE VUELTA A CASA

Museo Municipal. — Donativo del primer Marqués de Alella.